

## **El reino de Herodes**

*Judea, siglo I a.C.*

Cuando Herodes era un muchacho las cosas no iban nada bien en el reino de los judíos. Los problemas sucesorios en la dinastía reinante alentaban un panorama de desencuentros, con un escenario de lucha fratricida por la sucesión entre dos hermanos de la dinastía asmonea aspirantes al trono, los príncipes Hircano y Aristóbulo. No era el mejor momento para disputarse el trono entre hermanos, pues el reino se encontraba amenazado por potencias extranjeras deseosas de tener un argumento para poner una pica allí. Por un lado, los partos acechando por el este; por el otro, los romanos presionando desde el norte, con la intención de dominar las riberas del Mediterráneo y hacer que sus aguas se convirtieran en el “Mare Nostrum”. El padre de Herodes, Antípatro, era consejero y hombre de confianza del príncipe Hircano, además de jefe militar de su tropa. Como consejero, para hacer valer los intereses de su protegido y desequilibrar la balanza a favor de Hircano, negoció astutamente con los romanos y consiguió su apoyo. Con este as bajo la manga, Aristóbulo, el otro pretendiente al trono, no tuvo más remedio que retroceder como aspirante. Así es como Hircano se convirtió en el dueño del país y en rey de los judíos. El joven Herodes aprendió que el poder es muy delicado y a veces pende de un hilo que hay que manejar con delicadeza y astucia. Tenía muy claro que el poder era una cuestión de estrategias, de intereses y de pactos que se debían manejar de manera magistral si quería llegar a ser alguien algún día. Lo había aprendido muy pronto y no tardaría en ponerlo en práctica.

Herodes entró en la escena sucesoria a partir del año 43 a. de C., tras el envenenamiento de su padre por un sicario de la facción rival, la de Aristóbulo. Sin su padre, Herodes se mantuvo muy cerca del rey Hircano, asumiendo funciones de consejero como antes lo había hecho su progenitor. Tres años después, Judea se vio invadida repentinamente por soldados partos. Los partidarios del denostado Aristóbulo enseguida vieron una oportunidad para hacer valer su causa y se aliaron con los partos, facilitándoles ayuda y colaboración. Tras los éxitos iniciales con esta alianza, lo primero que hicieron fue deponer y mutilar al rey Hircano, pues la mutilación le impedía ejercer de sumo sacerdote en el templo y, en esta época, la corona y la jefatura sacerdotal recaían en la misma figura. Incapacitado y depuesto, instalaron en el trono a otro asmoneo de su cuerda y simpatía, Antígono, como rey y sumo sacerdote.

A continuación, maniobraron para ir a por Herodes, y casi lo consiguieron. Conocedor del peligro que corría, de noche y como pudo, Herodes salió de Jerusalem con su familia, protegido por un puñado de leales. Su objetivo era conseguir ayuda romana, para lo que se encaminó hacia el sur con la intención de dejar a los suyos en la inexpugnable fortaleza de Masada. El plan era llegar a Roma tras embarcar en el puerto de Alejandría.

Era noche cerrada. Sus enemigos se percataron de la maniobra de huida y le pisaban los talones. Entre el nerviosismo y las prisas, el carro en el que viajaba su madre volcó y, en lugar de escapar, se preparó para interceptar a sus perseguidores. A 12 kilómetros de Jerusalem se entabló una lucha desesperada en la que Herodes dio muestras de gran estratega. A pesar de que les superaban en número, Herodes desplegó a sus leales con una táctica que confundió a sus perseguidores, desconcertándolos y

poniéndolos en jaque; de manera que la refriega se resolvió a su favor. Recuperado y con la luz del día, pudo continuar el viaje. El suceso se convirtió en un acontecimiento memorable para él y allí comenzó a ver más claro su destino. Aquella refriega le marcaría de por vida; tanto fue así que, en el lugar donde aconteció la lucha levantaría años más tarde la fortaleza del Herodium y allí quiso ser enterrado también. ¡Qué pensamientos lo acecharían y qué promesas debió de hacer a los dioses aquella noche y en aquel lugar en que su destino pendía de un hilo! Todo estuvo a punto de esfumarse, sin embargo, no fue así y a partir de ese hecho comenzó a forjarse la figura de un nuevo rey.

Dada la situación en Judea, Herodes llegó a la conclusión de que la ayuda que necesitaba solamente se la podía facilitar Roma, a la vez que debía convencer a las autoridades romanas de que él era la pieza que mejor encajaba en aquel escenario. Desde Alejandría, cruzó el Mediterráneo y se presentó en la capital imperial con ese plan. En Roma y ante el Senado desplegó toda su diplomacia y elocuencia. Les mostró con clarividencia las cartas que se estaban jugando en aquella remota región que pretendía administrar y en la que Roma tenía puesto sus ojos. Sopesó todas las probabilidades de alianzas y contra alianzas e hizo ver a los senadores romanos que solamente él podía restaurar un gobierno prorromano en Judea. Convenció y obtuvo el éxito que anhelaba. Salió del senado con la promesa de ser nombrado rey y, para disipar dudas, abandonó el edificio arropado por Marco Antonio y Octavio, los hombres fuertes del momento.

Pero el plan de Herodes no había hecho más que empezar, ahora era un rey sin reino, tenía que recuperar el territorio si quería gobernarlo, pero con el apoyo romano todo parecía encarrilarse a su favor. Regresó con el

propósito de emplearse a fondo en los años siguientes para hacer realidad su reino. Reclutó hombres, la mayoría extranjeros con experiencia, y formó un ejército, pequeño pero muy preparado y fiel. Después movió ficha, lo hizo con el apoyo de legionarios romanos venidos de la provincia de Siria. Juntos expulsaron a los partos de las tierras en las que se asentaría su reino. Por fin, en el año 37 a. de C., los que resistían en la capital, Jerusalem, se rindieron. Herodes se convirtió en rey del país. Ya había reino y rey.

Sin embargo, tenía que legitimarse como tal ante los suyos, ya que, de hecho, había sido una usurpación y había que solventarla de la mejor manera de cara al pueblo. Para empezar, no poseía ascendencia real y por sus venas ni siquiera corría sangre judía. Su madre era de una facción árabe y su padre edomita, una etnia del sur de Judea asimilada antaño por el judaísmo. Eso sí, su familia se había preocupado de darle una buena educación hebrea.

La primera decisión que tomó en pro de la legitimidad fue buscar un matrimonio con una princesa de sangre real. Pero había un problema, estaba casado, así que debía divorciarse de su esposa Doris. Y eso hizo, para posteriormente casarse con una princesa asmonea de la estirpe real judía, concretamente con Mariamne, nieta del rey Hircano. No tardó, sin embargo, en darse cuenta de que ese matrimonio con una princesa judía no bastaba para ser totalmente aceptado por sus súbditos judíos. Había sectores del pueblo que seguían hablando de usurpación y muchos auguraban que su reinado sería como un paréntesis, algo transitorio que debía arreglarse con una restauración legítima y conforme a la ley. Sus detractores no dejaban pasar la menor ocasión para recordárselo en cualquier acto público mezclados entre el gentío, lo que enojaba al

monarca. Este asunto se convirtió para él en una profunda preocupación y en adelante su reinado estaría marcado por esta obsesión, de manera que sus decisiones triangularían en tres frentes: legitimarse, protegerse y ganarse a sus súbditos.